

Sobre el monstruoso labio le mostraba  
sonrisa de desprecio triunfadora,  
y con solemne voz aterradora  
en sarcástico tono así le habló:

—¿Quién trajo esa mujer á este desierto?  
¿Quién de sus ojos apagó la lumbre?  
¿Quién á par con la inmensa muchedum-  
el milagro de Dios reconoció? [bre  
¿Quién encendió un volcán en tus entra-  
de furiosa y carnal concupiscencia? [ñas  
¿Quién diez años de llanto y penitencia  
inutiliza en un instante? Yo.

Dijo Satán; y las enormes alas  
en la nublada atmósfera tendiendo,  
por el espacio se perdió, diciendo:  
—¡Maldito el día que nacer te vió!—  
Y los cóncavos ecos de las peñas,  
al bronco son de su garganta heridos,  
repitieron su voz estremecidos,  
y estremecido el monte, vaciló.

Quedóse el penitente  
al borde de la roca  
sentado, sin aliento,  
sin voz ni voluntad,  
sumido en la amargura;  
y por su mente loca  
rodaban las ideas  
en ronca tempestad.

Confuso torbellino  
de espíritus impuros  
escucha imperceptibles  
zumar en torno de él;  
sus labios se resisten  
á preces y conjuros,  
y el aire que respira  
le amarga como hiel.

«¡Diez años de virtudes,  
de austera penitencia;  
diez años de esperanzas,  
de lágrimas y afán,  
perdidos en un punto!  
¡Cedió mi resistencia  
á la tenaz astucia  
del tentador Satán!

»¡He cometido un crimen  
horrendo, abominable;  
un crimen que no tiene  
disculpa ni perdón!....  
¡Soy presa del infierno!»,  
decía el miserable  
mirando hacia el abismo  
con bárbara intención.

«Dios es muy compasivo»,  
decía su conciencia.  
«Mi culpa es infinita»,  
decía su razón;  
y entre la muerte fácil  
que tiene en su presencia,  
y el arrepentimiento,  
vacila el corazón.

#### CAPÍTULO IV

DONDE VERÁ EL LECTOR UN CAPRICHO QUE TUVO  
EL AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA

¡Ay, triste del viajero que pierde su ca-  
[mino  
por el espeso bosque donde extraviado  
[fué!  
¡Ay, triste del que el cielo de su feliz des-  
[tino  
con negros nubarrones encapotarse ve!  
¡Ay, triste del que siente que airado tor-  
[bellino  
la lámpara le apaga de su dudosa fe!  
Y ¡ay, triste del que sufre, cual sufre Juan  
[Guarino,  
tribulaciones tales de la montaña al pie!

El día, entretanto, pasando declina,  
cercano al dudoso crepúsculo ya;  
con rayos postreros el sol ilumina  
la faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara  
tan inmóble yacer sobre el peñón,  
por efigie sin vida le tomara,  
por sueño vano ó ideal visión.

Él sus ojos sombríos, errantes,  
fijos tiene en ocaso, sin ver  
los destellos del sol fulgurantes,  
que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma  
embrutece su razón,  
y en siniestra y fría calma  
paraliza el corazón.

Cual suele, tras sombrío  
espeso nubarrón,  
brotar en el estío  
mefítico vapor,  
que deja nuestro espíritu  
sin fuerza ni vigor;  
cual pesadilla odiosa  
que en sueños nos acosa,  
girando en fatigosa  
perpetua confusión,  
sin que podamos, débiles,  
calmar su agitación,

Tal su ánimo, al peso  
de crimen secreto,  
prensado y sujeto  
con miedo se ve,  
y á impulso de asombro  
que infúndele pánico,  
el soplo satánico  
ni espera ni cree.

Y solo y sombrío,  
inmóvil, callado,  
al borde sentado  
del peñón está,  
la sima profunda  
mirando indeciso,  
por sino preciso  
teniéndola ya.  
Y en tanto que siente  
pesada la vida,  
y al ánima olvida  
y al cielo quizá,

Sepultando  
su áurea lumbre,  
tras la cumbre  
el sol va,

sus postreros  
resplandores  
tembladores  
dando ya.

Sobre el cárdeno  
horizonte  
á que el monte  
pone fin,  
se despide  
de la tierra  
que ha en la sierra  
su confin.

Y se mira  
la ancha hoguera,  
de su esfera  
vacilar,  
más radiantes  
y más bellos  
sus destellos  
al finar.

Y sus rayos  
por las crestas  
de las cuestas  
al tender,  
del prado hacen  
por la alfombra  
su ancha sombra  
negrecer.

Rojas nubes  
le coronan,  
que amontonan  
en redor  
los vapores  
que pasando  
va creando  
su calor.

Y sus pliegues,  
más espesos  
y más gruesos  
cada vez,  
entoldando  
en masa densa  
van su inmensa  
brillantez.

Poco á poco  
su cerrado  
y agrupado  
nubarrón,  
en su centro  
da al sol puro  
un obscuro  
pabellón.

Poco á poco  
descolora  
y devora  
su arrebol,  
y así el día  
roba al orbe  
cuando sorbe  
todo el sol.

Queda envuelto  
de este punto  
todo junto  
en luz igual,  
y en el cárdeno  
horizonte  
sobre el monte  
cardinal.

Jirón roto,  
desgarrado  
del cerrado  
pabellón,  
queda suelta  
nube roja  
que acongoja  
al corazón.

Banda torva,  
que tendida  
por la corva  
loma hendida  
de las peñas,  
va rasando  
por las breñas,  
de la cumbre,  
y apagando  
las centellas  
de la lumbre  
que da el sol.

Lienzo rojo  
que demuestra  
de alto enojo  
la siniestra  
señal santa;  
y en pos suya  
se adelanta,  
y en pos suya  
se levanta;  
con él viene,  
con él gira,  
cuando nace,  
cuando expira;  
con él hace  
su camino  
matutino  
ó vespertino,  
de él perpetuo  
girasol.

Nube hermosa  
que se inclina,  
la colina  
á transponer,  
circundando  
su camino  
purpurino  
rosicler.

Nube errante  
pasajera,  
vagarosa,  
do contempla  
Juan Guarino  
el destino  
que le espera;  
que expirante,  
congojosa  
é indecisa,  
á su labio  
la sonrisa  
postrimera  
le arrancó;  
y el agravio  
á su Dios hecho,  
en el fondo de su pecho  
con su luz iluminó.

Luz postrera  
de esperanza,

que ir ligera  
Juan alcanza  
desde el monte,  
su alma ajena  
no de pena,  
mas de fe.

De la cresta  
de la roca  
más enhiesta  
puesto al pie,  
contemplando  
cuál con blando  
movimiento  
surca el viento,  
se le ve;  
mientras rota,  
informe, vaga,  
su derrota  
va acertando  
pie tras pie.

Palidece,  
se enrarece,  
se consume,  
desaparece....  
Ya se sume,  
ya se fué.

Y noche  
sombria  
tras día  
fugaz,  
aleja  
su alma  
de calma  
y solaz.

Y feas,  
y varias,  
contrarias  
ideas  
están  
su mente  
quemando,  
doblando  
su afán.

Y el cielo,  
y el suelo,  
Tomo I

velando  
se va;  
la noche  
se cierra;  
la tierra,  
pavura  
de obscura  
le da.

Y en tanto  
que acude  
al llanto  
quizá,  
cuanto  
existe,  
niebla  
triste  
puebla  
ya.

Las sombras  
más densas  
y extensas,  
doquier,  
sus velos  
despliegan,  
y ciegan  
el ver.

Y la tierra  
toda inunda  
la profunda  
lobreguez,  
montes, valles  
y collados  
sepultados  
á su vez.

Espesas nubes  
que apiña el viento  
al firmamento  
robando van  
su luna pálida;  
las luces bellas  
de sus estrellas  
muertas están.

Y en vez de los ojos  
sirviendo el oído  
ya sólo es el ruido  
quien guía los pies,

al alma infundiendo  
sus vagos rumores  
extraños temores  
de mundo que no es.

Y se oye por las peñas  
sonar en las montañas  
de fieras y alimañas  
los pasos ó la voz,  
mostrando en sus sonidos  
sus cóncavos gruñidos,  
sus ásperos graznidos,  
ya agudos y ya graves,  
las fieras y las aves  
su natural feroz.

Y á cada tenue lamento,  
á cada salvaje son  
de ave ó fiera, de agua ó viento,  
se estremece el corazón.  
¿Y quién podrá en tal momento  
dar del desierto razón?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino  
por medio tan denso nocturno vapor?  
¿Quizá entre las peñas perdido el camino  
sepulcro escondido le dió su fragor!  
Porque, ¿quién los senos abrir del destino  
podrá, ni del crimen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonía  
que su remordimiento al hombre da!  
Quizá á Guarino, al despuntar el día,  
sentado en el peñón le encontrará  
de sí mismo espantado todavía,  
muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido  
monte, llano, río, desierto y ciudad  
en lóbrega noche, doquiera dormido  
cobijan al mundo el silencio y la paz.

[mento

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni la-  
resuena por los senos de las montañas ya.  
Y sólo tal vez se oye el susurrar del viento  
ó el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día,  
y la rosada lumbre de la aurora  
tornó á ahuyentar la umbría  
nocturna obscuridad; encantadora  
con nueva juventud, con nueva vida,  
tornó naturaleza  
á mostrarse de nuevo enriquecida  
con doblada belleza.

Y el día entraba apenas, cuando á lento  
cansado caminar, por la aspereza  
subía la montaña  
Wifredo, y de María á la cabaña  
llamó, llegado con pausado acento.  
Mas nadie dentro respondió; María  
ausente estaba de ella.

Llamó á la de Guarino,  
mas ¡ay! estaba sola como aquélla.  
Siguió el Conde á la altura  
subiendo. Desde allí se descubría  
gran trecho de montaña y de llanura,  
mas no alcanzó á Guarino ni á María.  
A voces los llamó, mas á sus voces  
respondieron no más ecos lejanos,  
cuyos sonos livianos  
se llevaron las ráfagas veloces.  
A su gente llamó desesperado;  
corrió el pueblo exhalado;  
sus siervos, sus vasallos, sus amigos  
por doquiera los montes recorrieron;  
en lo espeso del monte se metieron,  
pero en vano en los montes se cansaron:  
¡ay! con el rastro de ninguno dieron.  
Presa el Conde de amargo sentimiento  
y de fiebre ardorosa,  
cercano de su muerte vió el momento,  
y á manos de su horrenda desventura  
lleváronle á su corte populosa  
su enfermedad rayando en la locura.  
Y el vulgo maldiciente  
se perdió de una en otra conjetura  
haciendo cada uno más obscura  
la historia y la razón de este accidente,  
y cada uno á su antojo  
á Dios ó á Satanás atribuyendo  
la oculta causa del suceso horrendo.



## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO V

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMANA QUE LOS MONTE-  
ROS DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS  
PEÑAS DE MONTSERRAT.

Un día y otro día  
de púrpura y de grana  
entre vistosos grupos  
de nubes y arrebol,  
igual, indiferente,  
nacer cada mañana  
para el alegre vemos  
y para el triste el sol.

Antrecha que ilumina  
la creación entera  
en torno de ella vueltas  
infatigable da;  
mas cuanto con su lumbre  
fecunda en la postrera  
tornándolo en estéril  
en la siguiente va.

El cubre los vallados  
de flores y verdura;  
él hace escaso arroyo  
lo que ancho río fué;  
él da á los secos árboles  
fructífera espesura;  
él cría el gusanillo  
que les corroe el pie.

Y al que hoy dejó llorando  
en abandono y duelo,  
mañana encuentra alegre  
y venturoso ya;

y al que dejó olvidado  
en su placer del cielo,  
mañana ve que hundido  
en el dolor está.

Las unas tras los otros  
los días y las horas  
del mísero Wifredo  
pasando van así;  
las últimas acaso  
de calma precursoras,  
que el bien ni el mal eternos  
jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra  
por diferentes modos  
concluye todo luego,  
varía sin cesar,  
y al cabo en nuestros males  
nos consolamos todos  
de lo que ya ha pasado  
con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,  
y con la edad se fueron,  
si bien de sus pesares  
los torcedores no,  
los males que al sepulcro  
cercano le pusieron,  
y aun sus recuerdos casi  
el tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda enteras  
el alma de Wifredo  
las lúgubres memorias  
de su pasado mal,